



XXXI

PORVENIR DE LAS ALMAS

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA

Si de vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡Dichosa mil veces ella!

Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras
morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar *eterno*
dejó un lugar de *partida*?

Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud, de fe henchida,
prorrumpe: — ¡Ángeles al cielo! —

Ni ¿á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita

Dios nos quita,
si tras de una vida amarga,
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la más leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *más allá* de la vida.

Si es mentida
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

DOLORAS

225

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra,
y un *dichoso* más el cielo.

De su vuelo
iréis vos, muriendo, en pos,
si á Dios dáis en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos
morir es resucitar.

XXXII

TODOS SON UNOS

I

Voy á contaros la historia
de una entrañable pasión.
aunque se haga, á su memoria,
pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
por siempre, á nuestro despecho,
los ojos en llanto arrasan,
y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
hay una á cuyos reveses
se agostan las ilusiones
como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
de esa pasión desgraciada
que, aunque amarga nuestra vida,
sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
siempre queda en la memoria
todo el dolor del infierno,
todo el placer de la gloria.

No hay mortal afortunado,
para quien la triste idea
de un buen querer mal pagado,
eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
paga tan tiernos quereres;
si es tan cruda en sus amores,
hombres, *¡lo que son mujeres!*

II

Pues cuento de amor historias,
copiaré letra por letra
el libro en que sus memorias
grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
tuvo de morir la suerte;
que hay males que sólo cura
el bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
su historia dejó al mundo hecha,
y en ella hasta el menor ripio
es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
que, al repasar sus anales,
si á todo llorar no llora,
no exclame: — Aquí de mis males. —

Pues llega en ella á hacer ver,
de su ciencia en testimonio,
que es un *ángel* la mujer,
y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria
con frases por el estilo,
de este modo el *ángel-furia*
coge de su historia el hilo:

— Que no hay fe en hombres contemplo
(prosigue la hermosa Petra),
— y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego... — etcetra.

De esta manera injuriando
sigue nombres tras de nombres,
y al fin concluye exclamando:
— Mujeres, ¡lo que son hombres!

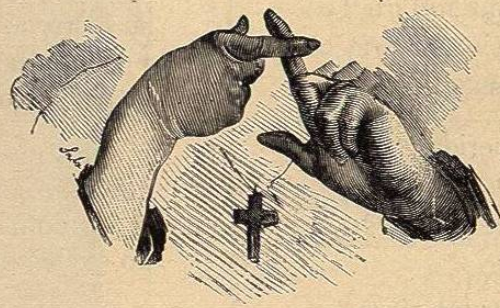
III

Si á los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, si es el hombre *algo malo*,
es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
asienta un refrán de amor;
y cual dice otro refrán,
á un pícaro, otro mayor.

A buena fe, mala fe;
á un adelante, un arredro;
quien más mira menos ve;
tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
probar á los hombres plugo



que el que es *víctima* en un paso,
en otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
á una mujer asesina,
le han de servir de cadalso
las rejas de otra vecina.

Y la que dice — no quiero, —
cuando *amor* la canto amante,
sé que amará á otro coplero,
aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley más triste
que impone amor justiciero:
Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.

Pues hombre y mujer son seres
con fe igual y varios nombres,
hombres, ¡lo que son mujeres!
mujeres, ¡lo que son hombres!...

XXXIII

PROXIMIDAD DEL BIEN

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
creó el Señor, cuando por dicha extrema
el paraíso terrenal formaba,
un fruto que del mal era el emblema,
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
el Señor colocó del bien el fruto;
pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
porque es del hombre mísero atributo
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
puso Dios escondido y muy lejano;
pero Adán lo encontraba donde quiera,
abandonando en su falaz quimera,
por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita
su misma dicha en despreciar se empeña,
y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
y aunque en su mismo corazón palpita,
¡lejos, muy lejos, con afán la sueña!...

XXXIV

PLACERES TRISTES

Que te admire no es justo,
si á bostezar empiezas,
la turba que á admirarte va al teatro.



¿Quién ha de ver con gusto,
que pertinaz bostezas
una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
ahora sé, á pesar mío,
que es el *placer* la fuente del *hastío*!

Si el ver tantos galanes
tu bostezo provoca,
¿qué harás cuando estés sola, Rosalía?
No juzgué, voto á Sanes,
tan inmensa esa boca
que ha poco me llamaba: «*vida mía*.»
¡Cuánta razón tenía
quien dijo sabiamente
que son los *goces* del *hastío* fuente!

En tus ojos serenos
hoy se ve una zozobra
que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿Soy yo (¡quíralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
que es el *placer* la fuente del *hastío*!

Desde... (ya tú me entiendes),
yo también, Rosalía,
con honda pena ¡ay de mí triste! lido.
¡Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
aunque mi amor lo siente,
¡que son los *goces* del *hastío* fuente!

Si el placer que gozamos
nuestras almas abisma
en un fiero dolor que nos devora,
tras la virtud corramos,
pues tan sólo á sí misma
eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
en que aprendí, bien mío,
que es el *placer* la fuente del *hastío*!



XXXV

LA DICHA ES LA MUERTE

*¡Sarcasmo ruin de la suerte
para el alma dolorida,
no ver hermosa la vida,
sino al dintel de la muerte!*
(E. FLORENTINO SANZ.)



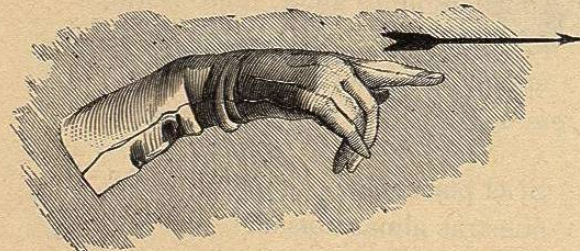
I

— ¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
pues que mi pecho tras la dicha va,
tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE

— ¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...

II

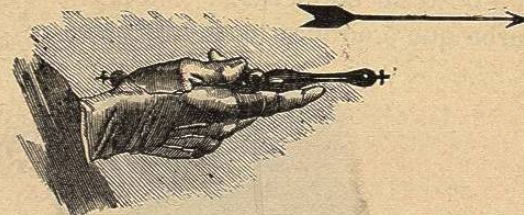


— ¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
prestadle dicha á quien tras ella va,
pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS

— ¡Triste del ser que idolatrando está:
Id más allá!

III

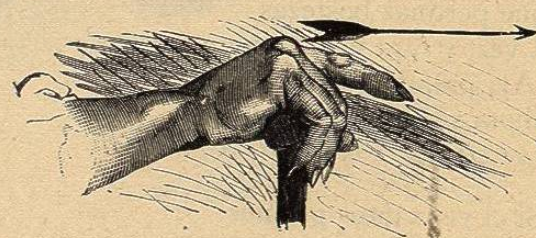


— ¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;
loco mi pecho tras la dicha va;
si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES

— ¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!

IV



— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
mi pecho en pos de la ventura va,
¿ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS

— ¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!...

DOLORAS

SEGUNDA PARTE

XXXVI



LA OPINIÓN

Á MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO, EN LA MUERTE DE SU HIJA

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
viendo el féretro pasar:

Un clérigo. — Empiece el canto.
El doctor. — ¡Cesó el sufrir!
El padre. — ¡Me ahoga el llanto!
La madre. — ¡Quiero morir!

Un muchacho. — ¡Qué adornada!
Un joven. — ¡Era muy bella!
Una moza. — ¡Desgraciada!
Una vieja. — ¡Feliz ella!

— ¡Duerme en paz! — dicen los buenos.
— ¡Adiós! — dicen los demás.
Un filósofo. — ¡Uno menos!
Un poeta. — ¡Un ángel más!